

Josep Pla y la historia «El bizcocho de la literatura»

Jordi Canal

Jordi Canal es profesor de la EHESS (París). Este artículo fue publicado originalmente, en catalán, en Gòria Granell y Xavier Pla, eds., Josep Pla, memòria i escriptura, Girona, Fundació Josep Pla-Universitat de Girona, 2001, págs. 17-33. Traducción de Justo Serna, revisada por el autor. Las referencias a la Obra Completa de Josep Pla, publicada por la editorial Destino, se indican entre paréntesis en el texto (OC).

En la anotación de *El quadern gris* (*El cuaderno gris*) correspondiente al 12 de noviembre de 1918, que no figura en el «cuaderno» primigenio, Josep Pla escribía: «La historia, lo que la gente llama la historia, me gusta sobre todo leerla en la cama» (OC 1: 414). El escritor ampurdanés fue un gran lector de literatura histórica, tal y como cuenta en *Notes del capvesprol* (*Notas del crepúsculo*):

A veces pienso en la cantidad de libros de historia que he leído –muchos y muchos. Hay libros de historia muy buenos: son los más arqueológicamente vivos y los más documentados. Los libros del señor Ramon de Abadal, sobre los condados, son excelentes. Pero los hay muy malos. Los libros de historia son el bizcocho de la literatura –siempre suponiendo que a ustedes les guste el bizcocho–. (...) Los libros de historia, leídos en la cama, en invierno, cuando hace frío, nieva, llueve y silba el mistral, son una auténtica delicia. Es una delicia, además, inofensiva (OC 35: 59).

Josep Pla, como lector de libros de historia, distinguía entre aquellos que tratan de épocas estáticas, tranquilas e inocuas, que «me han gustado, me han hecho pasar ratos agradables, pero no me han producido ninguna sensación *travolgente*, por decirlo en italiano» (OC 35: 59-60), y los que abordan las revoluciones que tuvieron lugar en Europa, desde la francesa a la rusa, pasando por las españolas, unos libros, éstos, hacia los cuales se había visto abocado por su temperamento. De una clase o de otra, la biblioteca particular de Pla contenía muchos libros de historia, sobre todo de historia de Cataluña ①. Estos elementos justifican sobradamente, por ellos mismos, que se aborden las relaciones entre Pla y la historia y los historiadores y, más allá, la visión de la historia subyacente en la obra planiana. Un tema importante, aunque los historiadores, en general, se hayan interesado poco por Josep Pla –a la inversa de lo que éste hizo por la historia–, imbuidos en ocasiones por prejuicios ideológicos o bien por el difícil empleo ornamental de la literatura planiana (Pla –se argumenta– no escribe siempre la «verdad», la fecha o el lugar exactos, lo que le resta credibilidad histórica en tanto que fuente a la que ir a abastecerse ②). Más allá de una lectura de miras cortas de la obra de Josep Pla, resulta evidente su extraordinario interés para los historiadores. Siempre y cuando, claro está, tomemos en consideración la literatura no como fuente histórica o como aderezo, sino como parte integrante de la propia reflexión histórica, lo que se produce, en palabras de la historiadora Isabel Burdiel, «cuando se considera a los escritores, a sus creaciones y a sus personajes –y las posibles lecturas que suscitaron– como actores históricos por derecho propio, aunque con características expresivas peculiares» ③.

La historia y los historiadores

Josep Pla escribió muchas páginas sobre los historiadores o sobre la historia, ya fueran la historia del Ampurdán, la de la Cataluña Vieja, la de Cataluña, la de España o bien la de otros países europeos. En ningún momento pretendió, no obstante, convertirse en historiador. Y esto pese a que algunos pasajes planianos lo puedan hacer pensar, o pese a su *Historia de la Segunda Repùbli-*

① Cf. Josep Martinell, *Josep Pla vist per un amic de Palafrugell*, Barcelona, Destino, 1996, pág. 237.

② Ramon Alcoberro intenta también dar respuestas, que sólo comparto parcialmente, a este escaso interés de los historiadores por Josep Pla. Ramon Alcoberro, *Contra Josep Pla*, Barcelona, Barcena, 1993, págs. 119-123.

③ Isabel Burdiel, «Lo imaginado como materia interpretativa para la historia. A propósito del monstruo de *Frankenstein*», en Isabel Burdiel y Justo Serna, *Literatura e historia cultural o Por qué los historiadores deberíamos leer novelas*, Valencia, Episteme, 1996, pág. 3.

④ Cf. Francesc Vilanova, «La Segona República i la *Historia de la Segunda República*», *L'Avenç*, núm. 219, noviembre 1997, págs. 45-49.

⑤ Cf. el editorial «Examen d'Història de Catalunya», *L'Avenç*, núm. 156, febrero 1992, pág. 5.

⑥ Jorge Semprún, *L'écriture ou la vie*, París, Gallimard, 1995.

ca ④, o, también, pese a que Jaume Vicens Vives le hiciera el encargo de colaborar en el volumen dedicado al siglo xx de las *Biografies Catalanes*. Que Pla no quisiera ejercer de historiador no evita, sin embargo, que en una decepcionante encuesta encargada por la Fundación ACTA a finales de 1991 acerca del conocimiento que tenía la población catalana sobre la historia de Cataluña, el autor de *El quadern gris* figurara como el tercer historiador catalán más conocido, después de Jaume Vicens y de Pierre Vilar ⑤. Josep Pla reelabora, en todo caso, a través de la literatura, materiales historiográficos y crea nuevas realidades en el marco de su intento totalizador. Un intento que se concreta, al fin y al cabo, en la elaboración de un cuadro completo de su época, de su mundo. Como expresó Jorge Semprún en otra circunstancia, se trata de fabricar vida a través de la escritura ⑥. La preocupación máxima de Josep Pla fue la lucha contra el olvido. Lo dejaba muy claro en 1970 en el prefacio de los *Retrats de passaport (Retratos de pasaporte)*: «La literatura no es más que un esfuerzo contra el olvido». Una sentencia que complementaba inmediatamente diciendo: «Si no sabemos qué aspecto tuvieron nuestros abuelos, qué cara mostraban, cómo eran, ¿qué idea podemos hacernos del pasado del país? Todo se olvida, todo son ruinas. (...). El gran problema de cualquier escritor arraigado en un país es contribuir a la lucha contra el olvido» (OC 17: 7-8). Ante esta constatación, no es de extrañar el azoramiento que produjeron en Josep Pla las palabras pronunciadas por Antoni Rovira i Virgili, en la redacción de *La Publicitat*, «con aquel punto de contención forzada propia del hombre sordo y apasionado», en el sentido de que era necesario borrar de la memoria de la gente, de dar por no existentes, las guerras civiles del siglo xix puesto que habían constituido una vergüenza nacional (OC 32: 106). Un comentario que Pla remachaba en otro volumen, al referirse a la guerra de la Independencia y a las carlistadas:

Entre los historiadores considerados liberales o izquierdistas de este país parece existir una tendencia a considerar estas guerras como si no hubieran existido, como si su producción fuera una simple ilusión del espíritu de las personas que no forman parte de su tertulia habitual. Es el caso, por ejemplo, del señor Rovira i Virgili, que en un escrito —que ahora leo— editado recientemente por Barcino intenta hacer una historia intelectual de la Cataluña del siglo pasado, y estas tres o cuatro enormes guerras no son ni siquiera aludidas ni mencionadas. Así, la historia que presenta le queda más bien delgadita, por no decir raquílica e insignificante. Es una historia sin realidad, sin vida.

Y, acto seguido, añadía:

Yo comprendo que el hecho de que en este mundo, para mantener una posición o una personalidad, haga falta recorrer indefectiblemente a la violencia repugna y es incompatible con todo espíritu reflexivo y sensible. Está claro: la historia tendría que haber sido de otra manera. Ahora bien, la terrible realidad es que la historia es como es. No hay más cera que la que arde. Entonces, ¿qué hay que hacer? Esperar tiempos mejores... —dicen indefectiblemente los intelectuales cuando les sobreviene el derribo, es decir, la situación-desastre que ellos mismos han contribuido a provocar con su habitual frivolidad y su optimismo gratuito y grotesco. Quizá habría otro camino, aparte del que podría consistir en pedir a la Providencia que hiciera un mundo de otro modo: el de seguir el camino opuesto al desastre indefectible utilizando los conocimientos y la experiencia que la historia y la realidad del país nos ofrecen en cada momento (OC 27: 241).

Josep Pla pone al alcance de sus lectores una descripción y un análisis de la realidad. Una realidad, sin embargo, que más bien es una retórica de la realidad. Josep Pla crea esta realidad, esta ilusión de realidad, tal como ha mostrado Xavier Pla, a través de todo un conjunto de procedimientos formales de escritura, de artificios y de estrategias lingüísticas ⑦. La escritura genera realidad. En consecuencia, los comentarios sobre el supuesto «falseamiento» de datos y fechas en la obra de Pla están fuera de lugar. La literatura, y también

⑦ Xavier Pla, *Josep Pla, ficció autobiogràfica i veritat literària*, Barcelona, Quaderns Crema, 1997.

la literatura de Pla, es un arte, como lo es, en cualquier caso, según él, la propia historia, pese a todos los intentos que se hacen por convertirla en una ciencia:

Es decir –escribía en *Notes per a Silvia*, en donde reproduce una conversación con Vicens (OC 26: 164)–, en la historia hay un elemento inaprensible, difícil de concretar, hiperbólico o misérrimo, volátil, sincero o insincero, correcto o incorrecto. Sobre los hombres y las mujeres, se proyecta siempre algo de azar y secreto. Es por esta razón por la que la historia no será nunca una ciencia de la naturaleza. La historia será siempre un arte, como lo es la medicina. Nosotros, usted y yo, leeremos siempre a Michelet (que no sabía nada de nada, pero que tenía imaginación y era un escritor fenomenal) con una gran prevención. Ahora bien, Michelet emprende resurrecciones históricas, cuadros de historia que, a veces, tienen una forma de exactitud, una reproducción de la vida real, que quizá los historiadores de hoy no tienen. La gente leerá siempre a Michelet, como leerá siempre a Saint-Simon. Éste era de un partido, era un fanático de la nobleza. Michelet era de un partido opuesto, era un demócrata declarado. Da lo mismo. Los historiadores que la gente lee, los que tienen gran peso, son éstos.

Historia y literatura, al menos la que tiene por base, en palabras de Pla, «la observación de la realidad en general y de la realidad humana en particular» –diferente de la otra literatura, la de los libros de imaginación–, tienen notables puntos de contacto (OC 35: 26). La historia y los historiadores, en definitiva, son muy importantes para Josep Pla como base de su escritura.

A lo largo del vastísimo corpus planiano nos encontramos con abundantes citas, referencias o, incluso, plagios de obras de historia. Constituyen una de las bases importantes de sus escritos. La *Història de Catalunya* de Ferran Soldevila aparece frecuentemente, junto a la *Historia de España* de Ramón Menéndez Pidal, la *Historia de Cataluña en el siglo XIX* de Jaume Carrera Pujal –una obra de referencia para Pla, a la que dedica en diferentes ocasiones grandes alabanzas y recomendaciones, del mismo modo que lo fue para Vicens Vives en la elaboración de *Industrials i polítics* ⑥–, o bien la *Historia de Cataluña* de Víctor Balaguer. No utiliza, en cambio, la obra sobre la historia catalana de Antoni Rovira i Virgili, que tildó de «copiada y patrioter» (OC 44: 207). Los comentarios de Pla sobre Rovira i Virgili suelen ser muy poco amables, fruto de las disputas y la ruptura que se produjo entre ambos personajes, con la dimisión del primero de *La Publicitat*, en los primeros meses del año 1928. Unos comentarios, por otro lado, que, junto con todos los que tienen que ver con el episodio de Acció Catalana, estaban en buena parte hechos –como apunta Marina Gustà– en la vejez de Pla y con unas crecientes dosis de malhumor y resentimiento ⑦. Así pues, Rovira era un «personaje extravagante» según Pla, «un hombre absolutamente sordo y embozado» que creyó «que era político» (OC 44: 207-208). Como en el caso de Rovira, el escritor ampurdanés también tenía en poca consideración los trabajos de Josep Balari i Jovany:

El señor Balari i Jovany fue un hombre considerable, pero da la impresión de que quiso hacer tantas cosas –taquigrafía, lenguas clásicas o modernas, filología (es el autor de nuestra primera reforma ortográfica antianarquista), investigaciones en los archivos, etc.–, que se le pasó la vida sin llegar a nada decisivo e importante. Fue un enorme trabajador, terco, callado y de una expresividad mediocre y vulgar (...). Lo que no hizo Balari lo han hecho y lo hacen, en la prehistoria, Bosch Gimpera; en los orígenes históricos, Abadal; en la filología, Joan Coromines, y, en la historia de la literatura, Rubió i Balaguer... Balari no levantó más que la fachada –la fachada de una catedral, como dijo el señor Manuel Milà» (OC 12: 221-222).

Junto a las historias generales, Josep Pla tomaba en préstamo fragmentos y consideraciones de trabajos más locales o sectoriales. En este sentido, la *Historia del Ampurdán* de Josep Pella i Forgas ocupa un lugar preeminente. También un par de libros dedicados a Bar-

⑥ Cf. Borja de Riquer, «Revisar Vicens: una necessitat i un rept», *L'Avenc*, núm. 83, junio 1985, p. 66; y Josep Termes, «La historiografía de la postguerra i la represa de Jaume Vicens Vives», en *La historiografía catalana. Balanç i perspectives*, Girona, Cehis, 1990, págs. 47-49.

⑦ Marina Gustà, *Els orígens ideològics i literaris de Josep Pla*, Barcelona, Curial, 1995, págs. 194-195, n. 45. Sobre los acontecimientos de principios de 1928, sus antecedentes y consecuencias, cf. Cristina Badosa, *Josep Pla. El difícil equilibri entre literatura i política 1927-1939*, Barcelona, Curial, 1994, págs. 13-40; y también la carta de Josep Pla a su hermano Pere Pla [Barcelona, marzo de 1928], en Josep Pla, *Cartes a Pere*, edición de Xavier Pla, Barcelona, Destino, 1996, págs. 182-185.

celona merecieron la atención del escritor ampurdanés: *La ciutat de Barcelona*, de Francesc Carreras Candi, y la *Història de Barcelona*, de Salvador Sanpere i Miquel, una obra, como escribe Pla en 1956, «olvidada por la ciudadanía, pero que en el tiempo del que hablo [la segunda década del siglo xx] no era en absoluto tan infravalorada» (OC 3: 217). Tampoco faltan libros como la *Història de Poblet* de Agustí Altisent, las *Notícies històriques* de Francesc Monsalvatge, *Els virreis de Catalunya* de Joan Reglà, *Els primers comtes catalans* de Ramon d'Abadal, la *Historia de los remsas en el siglo xv* o cualquier otra de las obras de Jaume Vicens Vives. Las historias de otros países, como por ejemplo las de Francia de Jacques Bainville o de Jules Michelet, o la de Portugal de Joaquim Pedro Oliveira Martins, complementan, aunque sin llegar a completar, el abanico de textos históricos de los cuales Josep Pla hace uso en su ejercicio de construcción literaria de la realidad.

Además de las referencias o la utilización de obras históricas por parte de nuestro autor, resultan, asimismo, de gran interés los retratos literarios que elaboró de algunos historiadores catalanes. Retratos cortos, en forma de *retratos de pasaporte*, o bien largos, que se convertían en los «*homenots*». Carles Rahola, Antoni Rovira i Virgili y Lluís Nicolau d'Olwer tuvieron su retrato de pasaporte, escritos respectivamente en 1922, en 1925 y en 1950¹⁰. También fue objeto de un retrato de pasaporte Manuel Brunet, el autor de *El desembarcament dels grecs a Empúries*. Éste era un libro que, según escribió Pla en el año 1924, podía considerarse «un libro de historia absolutamente verdadera, es decir, antiprofesoral». Y añadía que estaba muy bien escrito, una característica nada despreciable: «Los historiadores que escriben mejor son siempre, con el tiempo, los mejores, los que la gente considera como más imparciales. Ya me lo figuro: los eruditos protestarán. Pero, ¿pueden decirme qué se entiende por erudito? Un erudito es un hombre sin paladar literario. Lo puede leer todo sin inmutarse» (OC 17: 400-401). En 1960, en el retrato dedicado a un historiador local, de Olot, Joaquim Danés, con motivo de su muerte, las aseveraciones eran de un estilo diferente. Danés fue «la encarnación de la curiosidad misma», llegando «a saber una impresionante cantidad de cosas sobre el país, muy bien sabidas». Uno de sus trabajos, el *Llibre d'Olot* (1955), era muy elogiado por Pla, puesto que con este texto «el doctor Danés se puso frente a la erudición local en este país y supo presentar la objetividad de su erudición con una infalible amenidad» (OC 17: 512 y 514)¹¹. Según Josep Pla, en consonancia con la actitud antiintelectualista y antiacademicista que mantuvo durante toda su vida –valga como ejemplo aquel «con frecuencia en la frase de un labrador hay más sustancia y más profundidad que en papeles universitarios pedantescos de un aburrimiento oceánico y definitivo», que Pla escribió en *Notes del capvesprol* (*Notas del crepúsculo*) (OC 35: 26)–, la amenidad y una buena escritura resultan características esenciales para la divulgación histórica.

Si de los retratos de pasaporte pasamos a los *homenots*, la aproximación planiana es sustancialmente diferente. Como escribía él mismo, con esta palabra se refería a «una cierta voluminosidad en el personaje» (OC 11: 7), esto es, que estaban dedicados a personas que, en su campo o campos de actuación, detentaban una posición o tenían un peso específico notables. En esta categoría serían incluidos tres historiadores catalanes, que con sus trabajos abarcaban desde la prehistoria hasta la época contemporánea: Pere Bosch Gimpera, Ramon d'Abadal y Jaume Vicens Vives. Josep Pla reconoce que faltaría un cuarto, Ferran Soldevila, además de Jordi Rubió y de Agustí Duran i Sanpere. Por encima de todo, lo que caracterizaba a los tres *homenots* historiadores era su talla internacional, sobre todo

¹⁰ Las fechas resultan muy importantes, como ha subrayado Glòria Casals, a la hora de leer los retratos de pasaporte. Glòria Casals, «Notes sobre les biografies de Josep Pla», *Els Marges*, núm. 33, 1986, págs. 120-130.

¹¹ Sobre Joaquim Danés, cf. Jordi Canal, Joaquim Mayans y Jordi Pujula, eds., *Joaquim Danés i Torras (1888-1960)*, Olot, Edicions de Batet, 1989.

europea. Así, pongamos por caso, Vicens Vives, sostenía Josep Pla, «fue el único historiador de su generación, en este país, de talla internacional. Vicens era, se encontraba, en la corriente de los estudios históricos de su tiempo, y no precisamente como un honor académico que le hubieran reconocido, sino porque contaba» (OC 16: 114). Por otro lado, había sido gracias a Bosch Gimpera por lo que, en el campo de la prehistoria y de la arqueología clásica, «este país no es un país subdesarrollado –como lo es en casi todos los otros aspectos de la investigación, en la casi generalidad de los aspectos» (OC 16: 17).

Pere Bosch Gimpera y Ramon d'Abadal pertenecían a la que Pla denominaba, siguiendo a Vicens Vives, la generación de 1917, «la segunda gran generación de la historiografía y de la erudición catalanas», junto con Jordi Rubió i Balaguer, Agustí Calvet «Gaziel», Lluís Nicolau d'Olwer, Manuel Raventós, Agustí Duran i Sanpere y Ferran Valls i Taberner (OC 16: 62-63, y OC 17: 259). Una generación extraordinaria, fértil, destacable, que aprovechó el impulso de la época de Prat de la Riba. Pere Bosch Gimpera emprendería, en palabras del escritor de Palafrugell, una verdadera revolución en la visión que en España se tenía del pasado prerromano. Partiendo prácticamente de cero llevó a cabo, ya desde su tesis doctoral, una revolución «en el campo de la improvisación y de la frivolidad que ha sido la tradición y la costumbre en esta península», o, expresado de otro modo, en el «escepticismo universal basado en la ignorancia» que predominaba en este ámbito (OC 16: 19, y OC 15: 471). Fundó, además, una rica tradición, una escuela. Con él nacía, escribió Pla, la prehistoria catalana. Y, también, en otra esfera, con él creció un organismo culturalmente fundamental, la Universidad Autónoma: «La Universidad Autónoma y la figura del doctor Bosch Gimpera son inseparables. Él, en definitiva, la creó» (OC 16: 42). Ramon d'Abadal, por su parte, fue un historiador payés –con el alto sentido que Pla otorgaba a los payeses –: «En la obra del señor Abadal hay el peso de la realidad, desnuda y directa –desnudada cuando menos por la rareza documental–, pero vista a través de una justificación pasional y vital que sólo puede proporcionar el contacto con la tierra» (OC 16: 58). Abadal, como Bosch Gimpera, o como Vicens, despuntaban en el magma de mediocridad del país, de su «normalidad puramente vegetativa». Constancia, rigurosidad, minuciosidad..., palabras que el escritor ampurdanés atribuye al trabajo de Ramon d'Abadal sobre una etapa desconocida antes de él, los entornos del año 1000 –Pla, ya lo hemos visto, tenía en poca estima a Balari i Jovany–, pero fundamental en la conformación de Cataluña, de «nuestra mentalidad de fondo»:

El señor Abadal ha investigado este periodo ingrato, repleto de tinieblas, del que se ha conservado muy poca cosa, cuatro migajas de escasa amenidad, con un rigor de método excepcional, de una manera rigurosa, minuciosa, precisa, y ha llegado a algunos claros, positivos resultados. De estos estudios ha salido una obra que lo ha colocado en la primera línea de los medievalistas europeos más destacados de esta época (...). Ha estudiado, con una pasión tenaz, por el gusto de estudiar, porque su vocación ha pasado por encima de todo, porque ha creído que la personalidad del país exigía dilucidar hasta dónde fuera posible qué orígenes tenía la realidad que tenemos delante (OC 16: 58-59).

Ramon d'Abadal, escribió nuestro autor en otro pasaje, «ha elevado un monumento historiográfico a la Cataluña altomedieval de unas proporciones extraordinarias» (OC 16: 78). De entre sus trabajos, el escritor ampurdanés destacaba sobre todo *Els primers comtes catalans*, editado por Vicens Vives en la colección *Biografies Catalanes*, con clara conciencia de su «excepcional importancia»²⁰.

²⁰ Sobre Ramon d'Abadal, cf. Francesc Vilanova, *Ramon d'Abadal: entre la història i la política (1888-1970)*, Lleida, Pagès Editors, 1996; y, del mismo autor; «El lugar historiográfico de Ramon d'Abadal i de Vinyals en el siglo XX catalán», en Ramon d'Abadal, *L'abat Oliba, bisbe de Vic i la seva època [1948]*, Pamplona, Urgoiti Editores, 2003, págs. VII-CLXXXIV.

El homenot Jaume Vicens Vives es el tercer *homenot* historiador, miembro y líder de la generación historiográfica posterior a la de Bosch Gimpera y Abadal, una generación que quería por encima de todo continuar. Esta voluntad de continuidad, anotó Pla, «se le convirtió en una obsesión de cada día» con el paso de los años (OC 16: 103). De la obra de Vicens Vives destacaba tres elementos: la objetividad, la amenidad y la problematización. En primer lugar, la objetividad, contrapuesta sobre todo a la de la historiografía romántica. De su maestro Antonio de la Torre, «un auténtico historiador, preocupado por la información real, documental», Jaume Vicens admiró, entre otros, según Pla, este elemento: «su manera de trabajar sin pasión, sin prejuicios personales, con toda la objetividad que la documentación histórica permite» (OC 16: 94) ③. En segundo lugar, la amenidad, nada frecuente entre los historiadores:

Hablando en general –*escribe el autor de El quadern gris*–, la aridez, el tedio, la inanidad de la literatura universitaria, en mi tiempo y en este país, ha sido impresionante. Todo lo que ha escrito Vicens bajo su nombre no sólo tiene una gran vivacidad, sino que casi siempre es de una gran amenidad. Atendida la corrección de sus métodos, no creo que esta calidad le haga ningún mal (OC 16: 100).

Por último, la problematización. Para Vicens Vives, escribía Pla en su *homenot*, «la historia fue una problemática, la posibilidad de resolver un problema –muchos problemas». Y, acto seguido, añadía: «En estos últimos años, la palabra «problemática» se ha popularizado mucho. Hoy todo el mundo la usa –y a menudo de cualquier manera–. El primero que la utilizó, en este país, con precisión fue Vicens» (OC 16: 101). He aquí, pues, tres aspectos que contribuyen a convertir la obra de Vicens Vives en fundamental en la Cataluña del siglo xx.

De su extensa obra, desde su tesis sobre Fernando el Católico hasta las síntesis de historia y de historia económica de España y la *Notícia de Catalunya*, Josep Pla se deshacía sobre todo en elogios hacia sus trabajos sobre los remensas, que calificaba de «magistrales» (OC 38: 107). El episodio de los remensas le parecía apasionante, extraordinario. El libro *El gran sindicato remensa*, de 1954, apuntaba, «es un libro magistral, magnífico, no diré exhaustivo, porque en este mundo no hay nada exhaustivo, pero desde luego uno de los más grandes estudios, si no el mejor, que nos ha dejado Jaume Vicens». Un libro perfecto, añadía, «porque es un trabajo absolutamente acorde con las ideas y con los métodos instaurados e impuestos en la historiografía catalana por Vicens» (OC 16: 111). Aun así, resulta curioso constatar que ni este libro, ni la *Historia de los remensas*, fueran leídos por Josep Pla hasta julio de 1976, en una estancia en Castellfollit de la Roca, tal como él mismo contaba en las *Notes del capvesprol*. Tras la lectura, sentenciaba: «La obra de Vicens sobre los remensas es de una calidad única. En mi opinión, no sólo es lo mejor que ha escrito este autor, sino que es el trozo de historiografía catalana de más positiva importancia de este siglo. ¡La historiografía catalana, de este siglo y del otro!». Entre los historiadores que abordaron con anterioridad la cuestión, Pla salvaba a los primeros –Monsalvatge, Pella i Forgas, Chia o el P. Fita–, pese a que trabajaran defectuosamente y con documentación local, pero era severo con Sanpere i Miquel, con Rovira i Virgili y con Soldevila, que «han sido fatales frente al movimiento de los remensas»:

Son historiadores sentimentales que han contribuido a perfilar un país de un sentimentalismo abyecto –y que hoy está en plena efervescencia–. Aprecian más las delicias blandas y lacrimógenas de las derrotas que la virilidad auténtica y positiva del triunfo. Cuanto peor se hacen las cosas, más las exaltan gratuitamente (OC 35: 321-323).

③ Sobre Vicens Vives, cf. Josep M. Muñoz, *Jaume Vicens i Vives. Una biografía intelectual*, Barcelona, Edicions 62, 1997.

Los elogios a Jaume Vicens, sin embargo, no se ceñían a la investigación sobre los remensas, sino que abarcaban toda su producción. Así, por ejemplo, el *Manual de historia económica de España*, escrito en colaboración con Jordi Nadal, era «un texto universitario perfecto, en un país en que hay poquísimos». La *Aproximación a la historia de España* y la *Noticia de Catalunya*, por otro lado, eran libros de síntesis, «la consecuencia natural de toda una vida dedicada a la historia», convincentes, amenos y bien escritos y, asimismo, productos elaborados por un inconformista, «un espíritu poco dado a las fórmulas, a los fáciles lugares comunes gratuitos y adocenados» (OC 16: 109, 112 y 113). *Noticia de Catalunya* fue, precisamente, un título propuesto por Josep Pla, que acabó por sustituir al inicial *Nosaltres els catalans*, debido a previsibles problemas con la censura¹⁴. La implicación de Pla en esta obra no fue precisamente pequeña, tal como refleja la dedicatoria manuscrita de Vicens en el volumen conservado en la biblioteca del escritor de Palafrugell: «Amigo Josep Pla: Puesto que tuvo la amabilidad de escuchar las primeras voces de este libro, de leer el original y de intervenir apadrinándolo, se lo ofrezco como prueba de agradecimiento y de buena y legítima amistad, y a la vez con la confesada modestia de haber invadido un campo en el que, desde hace mucho, es usted maestro y profesor reconocido: el de la psicología catalana. Con la absoluta y cordial confianza que me merece como hombre y como amigo»¹⁵. Las concomitancias entre la visión de la historia planiana y la de Vicens, como insistiré más adelante, pueden apreciarse con evidente nitidez en este ensayo. Con respecto a la obra de Jaume Vicens, sólo en alguna ocasión Pla parece dar a entender que esperaba más, como por ejemplo de *Industrials i polítics*, que, a pesar de todo, calificaba como un panorama del siglo XIX «del más gran interés, de una intención admirable» (OC 32: 105).

Vicens Vives fue un gran trabajador. No abandonó nunca ni la investigación ni la elaboración de trabajos históricos. Para Josep Pla, curioso y grafómano empedernido, se trataba de un hecho excepcional, elogiado en cualquier caso. Como igualmente lo era la proyección internacional del historiador. Y, por encima de todo, su intento de insertar la historiografía catalana y española en la corriente de los estudios que se estaban desarrollando fuera de aquí, en especial por lo que respectaba a la importancia otorgada a la historia económica y social. Sin embargo, Pla se aprestaba a separar a Vicens Vives, en cuanto a esta orientación, de la historiografía marxista y, en concreto, de Pierre Vilar. A partir de 1949-1950, el contacto de Vicens con los historiadores europeos,

si por un lado lo llenó de satisfacción, porque vio confirmadas toda su experiencia personal y las intuiciones que había tenido en el período de aislamiento, por otro lo entristeció porque le obligó a comparar la realidad historiográfica europea con la peninsular o indígena, y las diferencias que encontró fueron totales –y quizá, además, incorregibles–. El hecho proyectó sobre su espíritu un gran pesimismo. A los cuarenta años –en 1950, fecha en que lo conocí– estaba absolutamente persuadido de que luchaba con el viento contrario y que, delante, tenía un largo trecho de mal camino (...). En el período 1950/1960 (año de su muerte), su lucha fue constante contra aquel ambiente de diferenciación, creado artificiosamente en esta península. Esta lucha fue dura y complicada y tuvo aquel fondo bestial que es propio de cuando se dice: *Spain is different*; no tenía duda, sin embargo, de que su esfuerzo había tenido un sentido francamente ascendente (OC 16: 107).

Con Vicens Vives, la historiografía catalana penetraba en la corriente del mundo occidental, en la nueva concepción de la historia establecida en el continente tras la Segunda Guerra Mundial. En el terreno historiográfico, al fin y al cabo, Vicens fue, al parecer de Josep Pla, un hito fundamental. De todos modos, su campo de actuación e influencia no puede ser reducido a esto. La significación pública y general del historiador, especialmente en los

¹⁴ Cf. Josep Vergés, «L'home polític: "Nosaltres els catalans"», *L'Avenc*, núm. 83, junio 1985, pág. 40.

¹⁵ Este libro se conserva en la Fundació Josep Pla, de Palafrugell. Por otra parte, Jaume Vicens Vives escribía a Josep Pla en octubre de 1952 que «me tiene en Barcelona dispuesto a publicar la pequeña obra que le envié. Le rogaría, por lo tanto, si ha tenido tiempo de leerla, que me escriba indicándome las anotaciones que le pedí. No hace falta que le diga que me interesa su parecer». Archivo Frank Keerl Pla, carta de Jaume Vicens Vives a Josep Pla (Barcelona, 23 octubre 1952).

años postreros de su vida, resultó de notable trascendencia. En *Notes per a Sílvia*, y con motivo de una visita que le hizo Vicens Vives en 1958, Pla escribía lo siguiente: «Vicens está cansado (aburrido) de ejercer de profesor, de trabajar en el archivo, de vivir entre papeles viejos. Ha hecho una gran carrera de historiador y ha llegado donde ha querido. Es del Institut. Pero ahora quiere desempeñar otra clase de carrera, más brillante, más espectacular. La popularidad le fascina. La política. Probablemente tiene ambición» (OC 26: 159). La suya fue una lucha contra el pesimismo y el escepticismo de la posguerra, que tuvo en la juventud catalana, sobre todo barcelonesa, su eje: «Toda su actividad –apuntó Pla (OC 16: 123)– consistió en liberar a la juventud del marasmo morbos, vidrioso, estéril, en que se encontraba y llevarla a la acción –hacia formas de acción posibles, perfectamente meditadas, eficientes, si se quiere modestas, pero indispensables para toda futura preparación». En este proyecto invirtió, como en todos los que había emprendido anteriormente, grandes esfuerzos y notables dosis de entusiasmo – «Tenía fe en el país y esta fe dominaba toda su actividad», afirmaba el escritor ampurdanés (OC 16: 122)–, de evidente trascendencia de cara al futuro. Por todo el conjunto de razones que he intentado resumir, Josep Pla cerraba el retrato del *homenot* Vicens Vives con la frase siguiente: «Su muerte ha sido la más devastadora que el país ha sufrido en los años que vamos, mediocrementemente, viviendo» (OC 16: 125).

La reconstrucción literaria de su tiempo

Josep Pla entró en contacto con el autor de *Notícia de Catalunya* en los últimos diez años de su vida y, aun cuando no mantuvo con él una relación continuada, admitía que «nuestra cordialidad fue muy cierta» (OC 32: 7). La admiración era mutua. Los encargos, las sugerencias y las colaboraciones entre Vicens y Pla, biunívocos. Por una parte, Jaume Vicens encargó a Pla la colaboración en el volumen dedicado al siglo xx de las *Biografies Catalanes*, que tenía que integrar las figuras de Prat de la Riba, Cambó, Macià y Companys: «Me había ofrecido la redacción –escribía Pla–, y, contando con la certeza de su ayuda, había aceptado el encargo, entre otras razones porque siempre me han gustado las dificultades. Algo se ha hecho por elaborar este volumen, pero no sabría decir cuándo será posible terminarlo» (OC 16: 112) ⑥. Fue también Vicens quien impulsó la republicación de algunos textos planianos. Así, en las palabras preliminares de la edición de los *Petits assaigs sobre França (Pequeños ensayos sobre Francia)* –unos textos elaborados en la etapa de entreguerras– para la obra completa, el escritor ampurdanés escribía: «La publicación de algunos escritos que siguen es una consecuencia de la atención generosa que sobre ellos puso mi inolvidable amigo Jaume Vicens i Vives. Había imaginado una edición de mis escritos extensos; si la modestia lo permitiera, diría de mis ensayos. Hallaba en ellos no sé qué virtudes. Los hizo mecanografiar sin decirme nada. Los había leído y anotado» (OC 4: 325). La nota preliminar del volumen *Prosperitat i rauxa de Catalunya (Prosperidad y «rauxa» de Cataluña)*, que incluye algunos de los escritos de Pla del periodo inicial de la *Revista de Catalunya*, iba en el mismo sentido:

Ahora bien, el tiempo fue pasando y en una ocasión, y ya mucho después del fin de la última guerra civil, los leyó el profesor J. Vicens i Vives, y creyó que se debían publicar. Jaume Vicens fue un hombre que, cuando tenía una idea entre ceja y ceja, no paraba hasta llevarla a cabo. Pese a que yo era el autor de estos escritos, no me dijo nunca ni una palabra. Creyó sin duda que yo era contrario a toda resurrección infundamentada. Pero habló largamente con Josep Vergés y Joan Teixidor, porque intuyó que estos señores acabarían por ser mis editores tan pronto como su carrera editorial tomara cierto vuelo. Estos ensayos –les dijo– un día u otro tendrán que editarse. Los convenció. (...).

⑥ Cf. Montserrat Llorens, «Industrials i Polítics: síntesi del Vuit-cents», *L'Avenç*, núm. 83, junio 1985, pág. 42. A diferencia de Josep Pla, la autora no cita a Francesc Cambó.

Cuando Vergés me empezó a hablar de la publicación de estos papeles, en un volumen de la Obra Completa, yo me opuse. (...) No habiéndolo podido convencer, sólo tenía una solución: ganar tiempo, aplazar la publicación al máximo. Es por esta razón por la que la publicación de estos escritos ha tenido una negociación tan larga. Antes de morir, Vicens hizo copiar los escritos y me los envió. El hecho me impresionó. Con las copias, había una frase manuscrita en que decía que esta era su última voluntad (OC 32: 7-8).

Asimismo, según explicó Josep Pla en otro lugar, fue Vicens quien le indujo a escribir artículos sobre cocina (OC 26: 529). Por otra parte, ya hemos visto la implicación del escritor de Palafrugell en la aparición de *Notícia de Catalunya*. Josep Pla contaba también con Vicens Vives para lanzar un diario en los años cincuenta y, poco antes de su muerte en 1960, para colaborar en *El Correo Catalán*, periódico que de manos carlistas había pasado a las de los algodonereros, lo cual hacía que el escritor de Palafrugell se refiriera a este medio como la publicación de la «Comunión Tradicionalista Algodonera»¹⁷. En cualquier caso, nada de todo esto debe extrañarnos entre dos personas que se conocían, se admiraban –Josep Vergés ha afirmado que para Josep Pla lo que decía Vicens era palabra de rey y de profeta¹⁸– y, además, compartían en líneas generales una determinada visión del mundo y de la historia y, aún más, un proyecto de actuación en los años del franquismo, un proyecto que otorgaba un papel clave a la burguesía catalana.

Comparto plenamente la opinión según la cual Josep Pla formaba parte de «un ambicioso proyecto que reunía a intelectuales y burgueses en un frente común destinado a preparar económicamente, culturalmente, ideológicamente y políticamente el posfranquismo aceptando, eso sí, la legalidad del régimen instaurado con el desenlace de la guerra»¹⁹. Este proyecto, que a estas alturas conocemos todavía de manera insuficiente, ponía en relación a la burguesía industrial catalana –los algodonereros, fundamentalmente– y a los sectores de la intelectualidad que habían optado por intentar la reconstrucción del país desde el interior y en el marco del régimen franquista. Josep Pla, Jaume Vicens Vives, Josep Ferrater Mora o Manuel Ortínez constituyen algunos de los nombres de los personajes implicados en esta empresa. Así, por ejemplo, Vicens Vives escribía en abril de 1954 a Ferrater Mora: «Esta es una de las tareas más importantes a las que ahora me dedico: reconvertir a la burguesía hacia sus posiciones tradicionales del XIX, sacándole de la cabeza la balumba de los mitos actuales y del corazón aquel miedo que no le deja actuar ni vivir»²⁰. Vicens era la pieza clave del proyecto. Josep Pla no tenía el menor asomo de duda: «Supongo que Vicens te causó buena impresión –escribía en una carta de marzo de 1956 a su hermano Pere²¹–. Dentro de un plazo más o menos largo espero que sea el jefe». La prematura muerte de Vicens Vives lo impidió. Un par de elementos contribuyen a perfilar algo más la implicación del escritor de Palafrugell en el proyecto. El primero es una carta de Vicens a Pla, fechada en marzo de 1954, en la que puede leerse:

Amigo Pla: ¿le vendría bien que subiéramos con los 11 o 12 burgueses el 28 de marzo? Le vendríamos a buscar hacia la una y nos iríamos a comer donde usted dijera. Contésteme o hágamelo saber por el amigo Quintà.

¿No oye ruido de sables? Esto se mueve, amigo Pla, y por un lado u otro tendrá que estallar. Ya hablaremos @.

El otro elemento nos conduce al establecimiento de puentes con Josep Tarradellas. A Pla se le encomendó un informe sobre el presidente de la Generalitat en el exilio, que a principios de 1960 fue enviado a varias «personalidades del interior». El historiador Vicens volvía a ser el centro de una red de relaciones que su muerte pocas semanas después cortaría.

¹⁷ Cf. Josep M. Muñoz, *Jaume Vicens i Vives...*, pág. 288; y Manuel Ortínez, *Una vida entre burguesos. Memòries*, Barcelona, Edicions 62, 1993, pág. 223. La referencia a la «Comunión Tradicionalista Algodonera», en Manuel Ibáñez Escofet, *La memòria és un gran cementiri*, Barcelona, Edicions 62, 1990, pág. 260.

¹⁸ Lluís Bonada, [Entrevista a Josep Vergés], *El País*, 20 noviembre 1997, edición Cataluña, pág. 7.

¹⁹ Margarida Casacuberta, «Josep Pla i el senyor Esteve», *Serra d'Or*, núm. 451-452, julio-agosto 1997, pág. 77.

²⁰ Carta de Jaume Vicens Vives a Josep Ferrater Mora (Barcelona, 23 abril 1954), en *Epistolari de Jaume Vicens*, Girona, Cehis, 1994, pág. 74.

²¹ Carta de Josep Pla a Pere Pla (Nápoles, 18 marzo [1956]), en Josep Pla, *Cartes a Pere*, pág. 239.

²² Archivo Frank Keerl Pla, Carta de Jaume Vicens Vives a Josep Pla (Barcelona, 14 marzo 1954).

Josep Pla tenía un alto concepto del político republicano exiliado, identificado en el informe como «Sr. Albert»:

Fui a conversar con el Sr. Albert convencido de que me encontraría con un político habitual de la Esquerra, maleado, además, por el exilio. Me equivoqué. Me encontré con un político como pocos he conocido en la historia que hemos vivido: un hombre claro, coherente, buen observador, sin brillantina, cauto, astuto, inteligente, prudente y valiente, formado por una navegación difícil y larga. Todo esto implica que la mentalidad del Sr. Albert se encuentra mucho más cerca a la de la gente del interior que a la del exilio, y por eso es por lo que el aprovechamiento de su experiencia es –a mi modesto entender– indispensable ⑳.

La burguesía catalana de los siglos XIX y XX está permanentemente presente en la obra de Josep Pla, pese a que este literato no consiguiera dedicarle un volumen específico. En el prólogo de *Àlbum de Fontclara*, escrito en 1971, Pla contaba su «vieja obsesión de rellenar tres libros largos –como estos libros de la Obra Completa– con las observaciones hechas sobre la gente del país», uno sobre los payeses, otro sobre los comerciantes y, finalmente, otro sobre la burguesía. En total, unas dos mil páginas. Entonces, los dos primeros libros ya existían: *Els pagesos (Los payeses)* y *Àlbum de Fontclara*. El tercero, en cambio, no:

He pasado muchas y muchas horas pensando en este libro –escribía Josep Pla–, pero hasta ahora –primavera de 1971– no tiene plan ni siquiera he escrito una sola línea –absolutamente nada. A pesar de la presión que constantemente ejercen sobre mí amigos muy apreciados para que escriba este libro –pensando, al menos, en la gran, en la decisiva trascendencia que la burguesía ha tenido en la historia moderna de este país–, no ha pasado, en mi espíritu, de ser un deseo. ¿Se convertirá alguna vez este libro-deseo en un volumen real y preciso? (OC 23: 7).

La respuesta, como bien sabemos, es negativa. En sus memorias, Manuel Ortínez aborda esta cuestión: «Su pronto de vulgaridad desgarrada contribuyó a hacer imposible el trato con la burguesía. Él quería hacer un gran libro sobre la burguesía. Alguna vez me pidió ayuda. Preparé algunas comidas, con Domingo Valls, Bultó y otros. (...). No hubo entendimiento. Pla encontraba insufrible aquella mezcla de cinismo y de falta de naturalidad de los grandes burgueses. Y ellos lo encontraban definitivamente vulgar»㉑. Pese a la ausencia de este libro, la burguesía catalana de los siglos XIX y XX era objeto de la recreación planiana, tal como estaba también presente, por decirlo con palabras de Vicens, la voluntad de «reconvertir a la burguesía hacia sus posiciones tradicionales del XIX» a fin y efecto de que asumiera el papel que le correspondía en el marco del régimen franquista. Una voluntad que, con el paso de los años, se fue tiñendo de decepción ㉒.

Si, con respecto a Jaume Vicens Vives, la reflexión y la relación con la burguesía catalana resultan evidentes y han generado varios estudios y reflexiones ㉓, en el caso de Josep Pla éstas son más desconocidas, en buena parte debido al éxito –que perdura todavía hoy en día– de la autoconstrucción planiana de una identidad payesa en los años que siguieron a la guerra de 1936-39, a manera de disfraz, como forma de exilio interior. Pla se autodefinía como payés y se vestía de payés. El volumen *Els pagesos* está lleno de tomas de posición en el sentido de pertenencia a la *clase* payesa –«yo no soy más que un puro y simple payés», escribía en la introducción de *El pagès i el seu món (El payés y su mundo)*, de 1952, y, en el prefacio de *El campanaret*, de 1964, añadía que «mi mundo es el de los payeses. Yo soy un hombre de ascendencia rural, payesa» (OC 8: 10 y 263)–, para la cual reivindicaba una nueva mirada que permita el abandono de su estatuto de «clase objeto»㉔. Josep Pla se autoidentificaba con los payeses, pero su mirada nunca dejó de ser externa. Incluso en el mismo volumen dedicado a los payeses. Resulta además curioso comprobar que, en una

⑲ Oriol Malló, «Tarradellas, l'homenot que Pla no va publicar», *Presència*, núm. 1337, 5-11 octubre 1997, págs. 1-8. La cita del informe de Josep Pla, en la pág. 8.

⑳ Manuel Ortínez, *Una vida entre burguesos...*, págs. 70-71.

㉑ Cf. Josep M. Colomer; «Josep Pla: l'enyorança d'una burguesia liberal», *L'Avenç*, núm. 47, marzo 1982, págs. 58-61.

㉒ Cf. Josep M. Muñoz, *Jaume Vicens i Vives...*, y, del mismo autor; «Vicens Vives i el «redreç» burgès: l'exemple d'Itàlia», *L'Avenç*, núm. 218, octubre 1997, págs. 67-72; y, también, Alejandro Sánchez, «La burguesía catalana del siglo XIX en la obra de Jaume Vicens Vives», *Manuscrits*, núm. 3, 1986, págs. 41-75.

㉓ Sobre esta expresión, cf. Pierre Bourdieu, «La paysannerie. Classe objet», *Actes de la recherche en sciences sociales*, núm. 17-18, 1977, págs. 1-6.

26 Carta de Josep Pla a Pere Pla ([Barcelona, marzo 1928]), en Josep Pla, *Cartes a Pere*, pág. 182.

27 Cf. Joan Fuster, «Notes per a una introducció a l'estudi de Josep Pla», en Josep Pla, *Obra Completa*, vol. I, Barcelona, 1966, págs. 11-83.

28 Josep Martinell, *Josep Pla vist per un amic...*, pág. 27. Cf. también pág. 223.

29 Cf. Marina Gustà, «Eternitat amb subtítols», *Serra d'Or*, núm. 455, noviembre 1997, págs. 45-46.

carta dirigida a su hermano en 1928, una de las expresiones que Pla empleaba para descalificar a Rovira i Virgili sea precisamente la de haber hecho un editorial «que es una de las cosas más payesas que jamás se han escrito»²⁶. Aun así, la imagen creada acabó imponiéndose —el papel de Joan Fuster, con la asimilación de Pla a un *kúlak*, un cierto tipo de propietario rural antiburgués, contribuyó notablemente a ello²⁷—, y Josep Pla ya no tuvo que hacer de payés, sino que se podía limitar a hacer de Josep Pla. Lo corrobora su amigo Martinell: «La atracción de lo pintoresco la sintió toda la vida y, ya de viejo, él mismo se convirtió en un personaje de estas características siendo consciente de lo que representaba. A su manera hacía el papel que le correspondía. Hacía de Josep Pla»²⁸. Hacer de Josep Pla significaba llevar boina y bastón y llenarse la boca de procacidades y, también, permitir que todo el mundo tuviera una anécdota para explicar²⁹. Una imagen curiosa, incluso divertida, adecuada para todos los amantes de la superficialidad, pero poco interesante si la comparamos con las propias intenciones y las fórmulas de este proceso de autocreación de una imagen. Pla no dejó nunca de ser un burgués, como él mismo reconocía en un texto tardío, de 1976, incluido en las *Notes del capvesprol*:

Todos los amigos que más o menos me conocen saben quién soy yo: yo soy un perfecto y auténtico burgués. Burgués de la clase media mezclado con un pequeño propietario rural. Más burgués que payés. Tengo todas las características del burgués (...). Yo soy un burgués puro de formación y de gusto, doblado en un pequeño propietario rural de una ignorancia indiscutible (OC 35: 49-51).

En todo caso, burgueses y payeses, tenderos y pescadores, políticos e intelectuales, desfilan por la monumental obra de Josep Pla. Eran los protagonistas del cuadro de «su» mundo, de la reconstrucción literaria del «su» tiempo, expresiones que en la pluma del escritor de Palafrugell equivalían a los siglos XIX y XX. Una reconstrucción que, como se ha afirmado al principio de este artículo, se integraba en la lucha contra el olvido que Josep Pla emprendió en la posguerra. Una lucha hecha con la literatura como arma principal contra un olvido que el régimen franquista propiciaba. No resulta extraño, pues, que, avanzados los años sesenta, Pla escribiera:

Está claro que, bien mirado, todo lo que tengo publicado hasta ahora hace referencia, de lejos o de cerca, directamente o indirectamente a mi país. No creo que sea ningún error poseer unas raíces determinadas. Mi constitución cosmopolita, practicada largamente y reiteradamente —una constitución que no tiene nada que ver con aquello que llaman lo universal— me ha llevado a cultivar unas raíces terrenales y precisas. ¿Qué le vamos a hacer? Considero que mi ilusión es normal (OC 7: 227).

Reconstruir literariamente el pasado era fundamental de cara a reconstruir la Cataluña del presente y del futuro. Manuel Ortínez lo expresa de manera nítida en sus memorias: «Pude disfrutar durante 25 años del Pla brillante, del Pla de la gran época. Del Pla que había vuelto al mas para recluirse como un monje y elaborar su obra de reconstrucción literaria de un país perdido. Del Pla de Llofríu, un hombre sin ningún cargo de conciencia por haber ayudado a Franco, pero sí con la conciencia de que este país había quedado arrasado y que se debía rehacer el lenguaje»³⁰. Un papel importante, que a menudo ha costado encajar en el maniqueísmo inherente al nacionalismo —y sobre todo en los sectores resistencialistas—, pero que resulta de innegable interés en la reconstrucción de la compleja historia de la Cataluña de la segunda mitad del siglo XX. Me parece, en definitiva, por todas las razones que he expuesto, que Josep Pla debe interesar también a los historiadores, no como fuente histórica o como motivo ornamental —vuelvo a repetir—, sino, para expresarlo en palabras del escritor Mario Vargas Llosa, como reflejo de la subjetividad de una época³¹.

30 Manuel Ortínez, *Una vida entre burgueses...*, pág. 75.

31 Mario Vargas Llosa, *La verdad de las mentiras. Ensayos sobre la novela moderna*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1990, pág. 23. Nueva edición revisada y ampliada, en Madrid, Alfaguara, 2002.